

# Los magníficos Amberson

Booth Tarkington

Premio  
Pulitzer



Letraherido



# Los magníficos Amberson

## Booth Tarkington

Traducción  
de  
Martín A. Sánchez

**Letraherido**



Primera edición: septiembre de 2022  
Título original: *The magnificent Amberson*  
Publicado por primera por Doubleday, Page & Co. en 1918  
© de la traducción: Martín A. Sánchez, 2022  
© de la presente edición: Editorial Letraherido, 2022  
Avda. Pumarín, 7, Oviedo - 33001  
[www.editorialletraherido.com](http://www.editorialletraherido.com)  
ISBN: 978-1096692768  
Maquetación y diseño: Ed. Letraherido.  
Imagen de la cubierta: *Dancing couple*, E.L.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 917 021 970 - 932 720 447)

Todos los derechos reservados. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso por escrito de los titulares de sus derechos.

# Los magníficos Amberson

# I

El comandante Amberson había «hecho una fortuna» en 1873, cuando otra gente estaba perdiendo la suya, y ahí empezó la magnificencia de los Amberson. La magnificencia, como el tamaño de la fortuna, siempre se determina por comparación, como podría percibir incluso Lorenzo *El Magnífico*<sup>1</sup> si rondara por Nueva York en 1916; y los Amberson fueron magníficos en su tiempo y lugar. Su esplendor tuvo lugar en los años en que su pueblo del interior creció y se ennegreció hasta convertirse en una ciudad, y tocó techo en el período en que cada familia próspera con hijos tenía un perro terranova.

En ese pueblo, en esos días, todas las mujeres que vestían sedas o terciopelos conocían a todas las demás mujeres que vestían sedas o terciopelos, y cuando alguien compraba una nuevo abrigo de pieles, se llevaba a los convalecientes a la ventana para que lo vieran pasar. En las tardes de invierno, los percherones tiraban de ligeros trineos por la Avenida Nacional y la calle Tennessee; todo el mundo reconocía tanto a los percherones como a los conductores; y los reconocía de nuevo en las tardes de verano, cuando las pequeñas calesas pasaban zumbando en una renovada versión de su rivalidad invernal. A decir verdad, todo el mundo conocía el caballo y carruaje de todo el mundo, podía identificar su silueta a medio kilómetro de distancia en la calle, y

---

<sup>1</sup> Lorenzo de Medici (1449—92), llamado *El magnífico*.

así se sabía quién iba al mercado, o a una recepción, o regresaba a casa de la oficina o de la tienda para comer a mediodía o cenar por la noche.

Durante los primeros años de ese período, se consideraba que la elegancia personal descansaba más en el tejido de las prendas que uno se ponía que en su diseño. Un vestido de seda no necesitaba retocarse cuando tenía más o menos un año de antigüedad; seguía siendo distinguido sencillamente porque era de seda. Los hombres mayores y los gobernadores vestían levita de paño; «el traje de gala» consistía en levita de paño y pantalones de napa; y había hombres de todas las edades para quienes un sombrero no era más que ese objeto rígido y alto de seda que los descarados denominaban «chimenea». En el pueblo, y en el campo, esos hombres no se ponían otro tipo de sombrero, y, sin ser conscientes de ello, se pasaban la vida peleándose con ellos puestos.

La volátil moda de las formas reemplazó a la aristocracia del tejido; modistos, zapateros, sombrereros y sastres, cada vez más astutos y poderosos, encontraban medios de hacer que las ropas nuevas parecieran viejas. Llegó la gran pandemia del bombín, una temporada la copa de ese sombrero era un cubo y a la siguiente una cuchara. En todas las casas todavía había descalzadores, pero las botas de caña dieron paso a los zapatos y a las «polainas de congresista», y estas a su vez pasaron por modas que les añadían puntas que hoy parecían el extremo de una caja y mañana proas de botes de carreras.

Los pantalones con raya eran considerados plebeyos; la raya demostraba que la prenda había estado en una estantería, y por lo tanto era «de confección»; estos pantalones delatores se llamaban «bajados», en alusión a la estantería. A principios de los ochenta, cuando los flequillos y miriñaques causaban furor entre las mujeres, surgió esa variación del dandi conocido como «petimetre», este llevaba pantalones tan ceñidos como medias, zapatos picudos, un bombín con forma de cuchara, un chaquetón llamado «sofá», con una única fila de botones y unos faldones cortos y anchos, un collar cilíndrico torturador, blanco y reluciente, de siete centímetros de alto, complementado con una corbata gruesa y abultada o con un lazo diminuto, perfecto para las trenzas de una muñeca. El petimetre acompañaba el traje de noche con un

sobretudo oscuro tan corto que los faldones de la chaqueta sobresalían, diez centímetros por debajo de este; pero una temporada o dos después alargaba el sobretudo hasta que le rozaba los talones, y abandonaba los pantalones ceñidos por unos anchos como bolsas. Entonces, de repente, el petimetre desapareció de las calles, pero la palabra acuñada para él quedó en el vocabulario de los impertinentes.

Eran tiempos más velludos que estos. Las barbas estaban de moda y cosas tan insólitas como el bigote imperial, similar al colmillo de un jabalí, eran comunes. Las patillas encontraban acomodo en los perfiles pueriles; largas melenas al estilo Dundreary<sup>2</sup> ondeaban como flecos sobre los hombros juveniles; los bigotes se domaban en forma de lambrequines sobre bocas olvidadas; y un senador de los Estados Unidos podía cubrir la garganta solo con una neblina de pelo blanco, sin que ningún periódico del país lo encontrara lo suficientemente distinguido como para merecer una caricatura. ¡Seguramente no hace falta decir nada más para demostrar que no hace mucho vivíamos en otra era!

Al principio de la gran época de los Amberson la mayoría de las casas del pueblo del interior eran de una arquitectura agradable. Carecían de estilo, pero también de pretenciosidad, y lo que no pretende en absoluto siempre tiene estilo de sobra. Las casas estaban ubicadas en amplias parcelas, abundantemente sombreadas por los árboles que quedaban de los antiguos bosques, olmos, nogales y hayas, con una línea de altos sicomoros aquí y allí, donde se había ganado terreno a los pantanos. La casa de un «residente prominente», en la Plaza Militar, la Avenida Nacional o la calle Tennessee, estaba construida con ladrillos sobre cimientos de piedra, o con madera sobre cimientos de ladrillo. Normalmente tenía un porche delantero y un porche trasero; a menudo también un porche lateral. Contaba con un vestíbulo delantero; con un vestíbulo lateral; y a veces con un vestíbulo trasero. El vestíbulo frontal daba a tres habitaciones, el salón, la sala de estar y la librería;

---

2 Lord Dundreary, protagonista de la obra dramática de 1858 *El primo americano* de Tom Taylor. Lord Dundreary fue interpretado frecuentemente por Edward Askew Sother, cuyas melenas dieron lugar a un estilo de peinado denominado *dundrearies* o *dundreary whiskers*.

y esta última hacía honor a su nombre, no en vano esa gente compraba libros. Normalmente, la familia pasaba más tiempo en la librería que en la sala de estar, mientras que, cuando eran formales, se recibía a las visitas en el salón, un lugar formidablemente lustrado e incómodo. El tapizado del mobiliario de la librería estaba un poco gastado; pero las sillas hostiles y el sofá del salón siempre parecían nuevos. A juzgar por el uso y el trato que recibían deberían haber durado mil años.

Los dormitorios estaban arriba; el más grande era «la habitación de los padres»; una habitación más pequeña para uno o dos hijos y otra para una o dos hijas; cada una de ellas contenía una cama doble, un lavatorio, un buró, un armario, una mesita, una mecedora, y frecuentemente una silla o dos que habían sufrido algún desperfecto abajo, pero no suficientemente importante para justificar el gasto de una reparación o el destierro definitivo en el ático. Y siempre se contaba con una habitación libre para invitados (donde generalmente se guardaba la máquina de coser). Durante los años setenta se empezó a considerar que un baño era necesario. Consecuentemente los arquitectos ponían baños en las casas nuevas, y en las casas viejas se tiraba un aparador o dos, se colocaba una caldera cerca del hornillo de la cocina, y se buscaba una nueva devoción, cada una con su propio baño. El gran chiste de los fontaneros americanos, ese de plantar un chopo, surgió en esa época.

En la parte trasera de la casa, arriba, había una pequeña cámara sombría llamada «la habitación de la criada», y en el establo había otra habitación, lindando con el pajar, llamada «la habitación del jornalero». Construir una casa costaba siete u ocho mil dólares, y las personas con dinero de sobra para invertir en tales comodidades eran clasificadas como ricas. Le pagaban a la inquilina de la «habitación de la criada» dos dólares a la semana y, a finales de este período, dos dólares y medio, y finalmente tres dólares a la semana. Normalmente era irlandesa, pero podía ser alemana o incluso escandinava, pero nunca nativa del país, a menos que fuera una persona de color. El hombre o joven que vivía en el establo tenía un salario parecido y, últimamente, a veces, también se trataba de un inmigrante, pero más a menudo era alguien de color.



Después de salir el sol, en las mañanas agradables, la alegría reinaba en los polvorientos callejones detrás del establo; risas y gritos subían y bajaban por ellos, con un animado acompañamiento de almohazas golpeando contra las vallas y las paredes traseras de los establos, porque a los negritos les encantaba almohazar a los caballos en los callejones. Los negritos siempre prefieren cotillear a gritos en lugar de a susurros; y piensan que blasfemar no es pecado, a menos que sea vociferando. Los niños madrugadores escuchaban frases horribles y las trasladaban a los mayores en busca de significado, a veces en momentos inoportunos; mientras que los niños menos curiosos a menudo simplemente repetían las frases en algún posterior acceso de nerviosismo, que en cualquier caso tenía consecuencias tan severas como para poder ser recordadas fácilmente en la edad adulta.

Los jornaleros negros han desaparecido del pueblo del interior; y con ellos los introvertidos caballos que almohazaban, cepillaban, atizaban y maldecían amistosamente; esos buenos caballos dejaron de espantar moscas con la cola. A juzgar por su aparente permanencia bien podrían haber sido búfalos, o las pieles de búfalo a las que les salían calvas y que solían caer de las rodillas de los jinetes descuidados y quedar colgadas despreocupadamente a medio camino del suelo. Los establos se han transformado en algo parecido, o han desaparecido del mapa, como los cobertizos donde se guardaba la leña y las astillas sobre las que siempre discutían la criada y el jornalero por quién debía traerlas. Caballos, establos y cobertizos, y toda la tribu de jornaleros, todo ha desaparecido. Desaparecieron rápido, pero tan discretamente que nosotros, aquellos a los que servían, todavía no nos hemos percatado de su ausencia.

Lo mismo pasó con otras ausencias. Los pequeños y sólidos carruajes que se abrían paso a duras penas sobre los adoquines de la carretera larga y única. La puerta trasera del carruaje no disponía de plataforma, sino de un escalón donde los pasajeros formaban piñas remojadas cuando el tiempo era malo y el vagón estaba repleto. Los conductores —cuando no estaban en las nubes— metían las monedas por una ranura; y no había revisor recorriendo el pasillo tembloroso, pero el conductor golpeaba admonitoriamente con el codo el cristal de la

puerta de su pequeña cabina abierta si el número de las monedas y los pasajeros no parecía cuadrar. Una mula solitaria tiraba del carruaje, y a veces lo hacía fuera de la carretera, entonces los pasajeros se bajaban y lo empujaban otra vez dentro. Realmente era su obligación hacer esa clase de favores, porque el carruaje nunca dejaba a nadie tirado: Una dama podía silbar desde una ventana superior, y el carruaje se paraba sin rechistar y esperaba por ella mientras cerraba la ventana, se ponía la capa y el sombrero, bajaba las escaleras, buscaba un paraguas, decía a la criada qué hacer de cena y salía de la casa.

Los pasajeros a bordo no hacían ninguna objeción a tales galanterías por parte del carruaje, esperaban el mismo trato en semejantes circunstancias. Con buen tiempo la mula hacía kilómetro y medio en algo menos de veinte minutos, a menos que las paradas se prolongaran demasiado; pero cuando llegó el tranvía, haciendo el kilómetro y medio en cinco minutos e incluso menos, este no esperaba por nadie. Ni sus pasajeros hubieran tolerado tal cosa, ¡porque cuanto más rápido viajaban, de menos tiempo disponían! En los días previos a que esos mortales artilugios los llevaran por la vida, cuando todavía no tenían teléfonos —otra antigua carencia profundamente responsable de ocio—, tenían tiempo para todo, tiempo para pensar, hablar, tiempo para leer, ¡tiempo para esperar por una dama!

Incluso tenían tiempo para bailar «el baile del cuadrado», cuadrillas y «lanceros»; también bailaban la «raqueta» y escoceses, polkas y excentricidades tales como «el baile de Portland». Dejaban abierta la puerta corredera que separaba el salón de la sala de estar, reforzaban las alfombras, alquilaban unas pocas palmeras en tiestos de color verde, colocaban tres o cuatro músicos italianos bajo la escalera del vestíbulo delantero y ¡a disfrutar de la noche!

Cuando más alegre estaba esa gente era en Año Nuevo, lo celebraban con un fiesta de verdad, algo desconocido hoy en día. Las mujeres se reunían para «asistir» a las anfitrionas que tenían «jornada de puertas abiertas»; y los hombres despreocupados, perfumados y hechos unos dandis, paseaban en trineos, o en carruajes o en pesados jamelgos, yendo de jornada de puertas abiertas en jornada de puertas abiertas, dejando fantásticas tarjetas de presentación en lujosos cestos

después de cruzar la puerta, por la que salían un poco más tarde, más despreocupados que nunca, si el ponche había sido de su agrado. Siempre era de su agrado y, a medida que avanzaba la tarde, los peatones presenciaban mucha gesticulación y veían ondear guantes color limón muy ceñidos, mientras los carruajes rodaban arriba y abajo por la calle dejando atrás fragmentos de canciones destrozadas.

Tener «jornada de puertas abiertas» era una costumbre alegre; hoy se ha perdido, como pasar todo el día de pícnic en el bosque, y como se ha perdido la más hermosa de todas las costumbres perdidas, la serenata. Cuando una chica encantadora visitaba el pueblo no pasaba mucho tiempo antes de que le dieran una serenata, aunque a decir verdad no se necesitaba una visitante para dar una serenata. En las noches de verano, los jóvenes formaban una orquesta bajo la ventana de una beldad —o, podía pasar, la de su padre, o la de una achacosa tía soltera—, y flauta, arpa, violín, violonchelo, corneta y viola rápidamente lanzaban a las dulces estrellas melodías tales como las de *You'll remember me, I dreamt that I dwelt in marble halls, Silver threads among the gold, Kathleen Mavourneen* o *The soldier's farewell*.

También ofrecían otro tipo de música, porque aquellos eran los días felices de *Olivette* y *The Macotte* y *The chimes of Normandy* y *Girofle*—*Girofla* y *Fra diavola*. Mejor aún, aquellos eran los días de *Pinafore* y de *Patience*. Esta última, paciencia, hacía mucha falta en el pueblo del interior, como en cualquier otra parte, porque el «movimiento estético»<sup>3</sup> había llegado hasta allí desde Londres, y se hacían cosas terribles con el austero mobiliario antiguo. Las doncellas cortaban estanterías y doraban los sobrantes. Quitaban los balancines de las mecedoras y doraban las patas inadecuadas, doraban los caballetes que sujetaban los retratos hechos con lápices de color de sus difuntos tíos. Siguiendo el nuevo espíritu del arte vendían los viejos relojes por otros nuevos, y tiraban a la basura flores y frutas de cera, y las cúpulas de cristal que las protegían. Llenaban jarrones con plumas de pavo real, o aneas, o zumaques, o girasoles, y los ponían sobre manteles y mesas de mármol. Bordaban margaritas (que llamaban «mayas») y girasoles y

---

3 El movimiento estético tuvo su origen a finales del siglo XIX en Reino Unido, promovía el arte puro por encima de las consideraciones morales.

zumaques y aneas y búhos y plumas de pavo real en pantallas de felpa y en pesados cojines, entonces diseminaban los cojines por el suelo y los padres tropezaban con ellos por las noches. A pesar de las exclamaciones sacrílegas, las hijas continuaron bordando; bordaron margaritas y girasoles y zumaques y aneas y búhos y plumas de pavo real en «fundas» que tenían el valor de poner sobre sofás de crin; pintaban búhos y margaritas y girasoles y zumaques y aneas y plumas de pavo real en panderetas. Colgaban paraguas chinos de papel de las arañas; clavaban abanicos de papel en las paredes. Estas chicas «estudiaban» pintura de porcelana; cantaban las nuevas canciones de Tosti<sup>4</sup>; a veces todavía practicaban el viejo y gentil hábito de desmayarse como una dama, y cuando más encantadoras resultaban era cuando tres o cuatro se paseaban dentro de un faetón, en las mañanas de primavera.

El cróquet y el más liviano tiro con arco jamás visto eran los deportes de la gente todavía suficientemente joven y activa para tales esfuerzos; la gente de mediana edad jugaba al eucré. Había un teatro, pegado al Hotel Amberson, y las noches en que actuaba Edwin Booths allí estaba todo el mundo que se podía permitir comprar una entrada, y todos los jamelgos del pueblo se alquilaban. *El malvado de negro* también llenaba el teatro, pero la audiencia entonces era casi toda hombres que parecían nerviosos cuando regresaban a casa después de que el telón hubiera caído delante de las horrorizadas muchachas vestidas como hadas. Pero a menudo al teatro no le iba tan bien, la gente del pueblo todavía era demasiado avara.

Eran avaros porque eran los hijos o los nietos de los primeros colonos, que se habían abierto camino en la jungla y había llegado allí desde el este y el sur con carretas, hachas y pistolas, pero sin un centavo. Si los colonos no hubieran sido avaros habrían perecido, tenían que guardar comida para el invierno, o bienes para negociar por comida, y a menudo temían no haber guardado suficiente, en sus hijos y nietos quedaban huellas de ese miedo. De hecho, en la cabeza de la

---

4 Sir Francesco Paolo Tosti (1846–1916), compositor italiano, posteriormente nacionalizado británico.

5 Edwin Thomas Booth (1833—93), actor americano especializado en Shakespeare. En 1869 fundó el Booth's Theatre en Nueva York.

6 *The black crook*, musical de mucho éxito inaugurado en 1866 en Nueva York.

mayoría de estos, su avaricia era comparable a su religiosidad: ahorrar, incluso por amor al ahorro, era su primera lección y disciplina. No importaba lo prósperos que fueran, no podían gastar dinero en arte, o en lujos o entretenimientos, sin cierta sensación de pecado.

En comparación con unos orígenes tan humildes, la magnificencia de los Amberson era tan llamativa como una orquesta de metales en un funeral. El comandante Amberson había comprado doscientos acres de tierra al final de la Avenida Nacional; y a lo largo de esa extensión había construido calles anchas y cruces; las había pavimentado con tablones de cedro y les había puesto bordillos de piedra. Había puesto fuentes, aquí y allí, donde las calles se cortaban, y estatuas de hierro colado pintadas de blanco a intervalos regulares, con sus nombres visibles en los pedestales: Minerva, Mercurio, Hércules, Venus, Gladiador, Emperador Augusto, Niño pescador, Lebré, Mastín, Galgo, Cervatillo, Antílope, Gamo herido y León herido. La mayoría de los árboles del bosque habían sido dejados como decoración y, a cierta distancia, o a la luz de la luna, el lugar era verdaderamente hermoso; pero el ardiente ciudadano, deseoso de ver su ciudad crecer, no quería distancia ni la luz de la luna. Este no había visto Versalles, pero de pie frente a la Fuente de Neptuno en la Zona Amberson, con luna llena, citando las parábolas preferidas de los periódicos locales, declaraba Versalles superado. Todo ese arte auguraba beneficios desde el principio, porque las parcelas se vendieron bien y hubo algo así como una fiebre por construir en la nueva zona. Su vía principal, una continuación oblicua de la Avenida Nacional, se llamó Bulevar Amberson, y aquí, en la unión del nuevo bulevar con la avenida, el comandante Amberson se había reservado cuatro acres para sí, y había construido su nueva casa, la Mansión Amberson, por supuesto.

La casa era el orgullo del pueblo. Revestida de piedra hasta las ventanas de la sala de estar, era una casa llena de arcos, torrecillas y porches de piedra dorada; la casa tuvo la primera puerta cochera vista en el pueblo. Tenía un vestíbulo delantero central con una gran escalera negra de nogal, dominado por una gran claraboya de cristal verde denominada la «cúpula», a tres pisos de altura. Una sala de baile ocupaba la mayor parte del tercer piso; y en uno de sus extremos había

una galería tallada en nogal para los músicos. Los ciudadanos decían a los extraños que el coste de todo ese nogal negro y de los tallados era de sesenta mil dólares.

—¡Sesenta mil dólares *solo* en carpintería! ¡Sí, señor, y los suelos de madera de toda la casa! Alfombras turcas y ni un solo tapete, excepto uno de Bruselas en el salón delantero... He oído que lo llaman la “recepción”. Agua caliente y fría arriba y abajo, ¡lavabos individuales en todas las habitaciones de la propiedad! La alacena está construida dentro de la casa y ocupa todo un extremo de uno de los comedores. No está hecha de nogal, ¡está hecha de caoba maciza! Nada de contrachapado... ¡caoba maciza! Bueno, señor, presumo que el presidente de los Estados Unidos estaría tentado de cambiar la Casa Blanca por la nueva Mansión Amberson, si el comandante se lo propusiera... pero Dios mediante, puede usted apostar el pellejo a que el comandante no lo hará.

El visitante del pueblo podía estar seguro de recibir más datos, porque había cierto entretenimiento que nunca se omitía: llevarlo patrióticamente a «dar un pequeño paseo por nuestra ciudad», incluso aunque su huésped tuviera que alquilar un jamelgo, y el clímax de la exhibición era la Mansión Amberson.

—Mire el invernadero que han puesto en el patio lateral —continuaba el guía—. ¡Y mire el establo de ladrillo! Mucha gente pensaría que es suficientemente grande y bueno para vivir en él; tiene agua caliente y cuatro habitaciones arriba para que vivan dos empleados y la familia de uno de ellos. Tienen a un empleado holgazaneando en la casa, y a otro empleado casado en el establo, y su mujer hace la limpieza. Tienen seis compartimientos para cuatro caballos, y tienen un cupé, ¡y algunos tipos de vehículos nuevos muy elegantes que nunca los verá usted morder el polvo! Cuentan con dos carretas, muy altas, ¡demasiado altas para mí! Supongo que ahí tienen todos los tipos de vehículos nuevos y elegantes que se han inventado. Y arneses... bueno, todo el mundo en el pueblo sabe cuándo los Amberson conducen después de la puesta del sol por el tintineo. Este pueblo nunca vio tanta clase como los Amberson están exhibiendo estos días; y supongo que va a salir caro, porque mucha otra gente intentará ponerse a su altura.

La mujer y la hija del comandante han estado en Europa, y mi mujer me ha dicho que desde que regresaron hacen té cada tarde sobre las cinco, y lo beben. Me parece que no puede ser bueno para el estómago, justo antes de cenar, y además el té no sirve de nada... no, a menos que se esté malo o le paso a alguno algo. Mi mujer dice que los Amberson no hacen la ensalada de lechuga como el resto de la gente; no la cortan y aliñan con azúcar y vinagre, en absoluto. La aliñan con aceite de oliva y vinagre, y la comen por separado... no con el resto de la comida. Y también *comen* de esas olivas, verdes como son, algo parecido a una ciruela dura, un amigo mío me ha dicho que saben muy parecido a una nuez pochada. Mi mujer dice que va a comprar algunas; hay que comer nueve para que empiecen a gustarte, dice. Bueno, yo no comería nueve nueces pochadas para que empezaran a gustarme, yo no voy a tocar esas olivas. Es comida de mujer, pero me huelo que la mayoría de la gente se morirá por probar nueve de esas, ahora que los Amberson las han traído al pueblo. Sí, señor, el resto las comerá, ¡tanto si enferman como si no! Me parece a mí que algunos en esta ciudad estarían dispuestos a enloquecer si pensaran que eso los ayudaría a ser tan distinguidos como los Amberson. El viejo Aleck Minafer, seguramente el más chapado a la antigua que tenemos en el pueblo, el otro día entró en mi oficina, y poco faltó para que le diera un soponcio hablándome de su hija Fanny. Parece ser que la señorita Isabel Amberson adquirió cierto tipo de perro, lo llaman san bernardo, y ahora Fanny también quiere uno. Bueno, el viejo Aleck le dijo que no le gustaban los perros, excepto los ratoneros, porque limpian la casa de ratones, pero ella siguió insistiendo, y finalmente él le dijo que muy bien, que podía tener uno. Entonces, ¡diantre!, ella va y le dice que los Amberson *compraron* el perro, y que para tener un san bernardo hay que pagar por él: cuestan de cincuenta a ¡cien dólares! El viejo Aleck quería saber si había oído de alguien que hubiera comprado antes un perro, porque, por supuesto, siempre puedes encontrar a alguien que te de un terranova o un setter. Dice que le vería cierto sentido a pagar diez centavos a un negro, o incluso veinticinco, para que atrapara un perro para ti, pero pagar cincuenta dólares y quizás más... bueno, señor, casi muere del patatús, ¡dentro de mi oficina! Por supuesto que todo el mundo se da cuenta

de que el comandante Amberson es un distinguido hombre de negocios, pero eso no es razón para tirar el dinero en un perro, y en esto y aquello, algunos piensan que este tren de vida va a acabar con él, ¡si su familia no se modera!

Un ciudadano, habiendo sermoneado así a un visitante, hacía una pausa reflexiva, y entonces añadía:

—Más o menos viene a ser lo mismo que derrochar, pero cuando ves al perro caminando con la señorita Isabel piensas que vale el dinero.

—¿Qué aspecto tiene ella?

—Bueno, señor —decía el ciudadano—, ella no tiene más de dieciocho o quizás diecinueve años, y no sé muy bien cómo decirlo... pero viene a ser una dama de aspecto *encantador*.